

17 expediciones; pero sus productos ni aun cubrieron los gastos ocasionados en ellas. Además, el gobierno francés había determinado establecer en Dunquerque una colonia de nautiqueses, isleños americanos de consumada habilidad en la pesca del cachalote, y facilitarles 36 buques, y la guerra entre Inglaterra y la Francia vino á dispersar por completo en 1793 aquella pequeña colonia de pescadores. De 1802 á 1803, salieron de Dunquerque siete bajeles para la pesca de la ballena; pero todos ellos fueron apresados por los ingleses. Cuando se restableció la paz, se pensó nuevamente en la pesca de la ballena, y desde 1816 á 1829 se formaron al efecto algunos reglamentos, se repitieron las expediciones, y en la actualidad la Francia tiene 25 ó 28 buques destinados á este objeto.

Los ingleses y los anglo-americanos, unidos con la marina de Holstein y de las ciudades Anseáticas, son los únicos que en el día hacen en grande esta pesca. Los de Dinamarca, Hamburgo, Bremen y Lubeck envían también á la pesca 60 ú 80 buques cada año.

Acosada sin duda por los largos y encarnizados ataques que ha sufrido su especie, la ballena, tan común en los mares de Europa en la Edad Media, ha abandonado las bahías y costas que frecuentaba en otro tiempo, y se ha refugiado en los mares glaciales, donde se la pesca ahora desde el mes de abril hasta el de agosto. Todavía se la encuentra en los del hemisferio meridional, donde la pesca se hace generalmente en la primavera.

Los buques balleneros de los mares del Norte tienen de 105 á 120 pies de largo, 30 de ancho y 12 de profundidad, y están contruidos con mucha solidez para resistir el choque de los témpanos de hielo: su tripulación se compone de 40 á 50 hombres. Cada buque tiene seis ó siete chalupas de cuatros remos, uno ó dos arponeros y un patrón, y están provistos de siete roscas de cordel de 720 brazas cada una, tres arpones, ocho chuzos y otros utensilios.

El arpón es una especie de anzuelo ó garfio destinado, no á matar la ballena, sino á penetrar en su cuerpo y permanecer clavado en él, de modo que no pueda escaparse el cetáceo. En distintas épocas se han hecho ensayos para lanzar los arpones por medio de la artillería; pero como el resultado no ha sido satisfactorio, se ha adoptado como preferible el método de arrojarlos con la mano.

En 1821 y 22 los capitanes ingleses Scoresby y Kay trataron de sustituir á los arpones los cohetes á la Congreve: once ballenas heridas por estos cohetes murieron instantáneamente en menos de quince minutos, las

unas con violentas convulsiones, y arrojando las otras por los oídos una cantidad enorme de sangre: sólo una vivió más de dos horas. Los cohetes de que hablamos están armados de una punta de acero, sobre el que hay una bolita de hierro destinada á reventar como una granada en el cuerpo del animal: el que los dispara puede dirigir la puntería como con un arma de fuego. El único inconveniente de este método consiste en ser muy poco económico, pues cada proyectil cuesta muy cerca de 48 reales.

Los chuzos ó lanzas que sirven para matar las ballenas arponadas tienen 15 pies de largo y el hierro cinco.

En cuanto llegan al sitio de la pesca, las tripulaciones de los buques balleneros deben estar siempre prontas á maniobrar, tanto de día como de noche. El capitán ó uno de los principales oficiales, colocado en la gran gavia, tiende su vista por el Océano; en cuanto divisa una ballena ó la siente arrojar el agua, lo advierte inmediatamente á la tripulación. Al punto se echan al agua los botes; uno de ellos rema directamente hacia la ballena; cuando está ya cerca de ella, el arponero le arroja su arpón con fuerza, procurando herir al monstruo en la oreja, en el dorso ó en otra parte vital. Cuando el animal se siente herido suele hacer movimientos y convulsiones frenéticas; el agua sale por sus oídos con un ruido terrible, lanza espantosos rugidos y agita en el aire su enorme cola, capaz de hacer astillas un bote con un solo golpe. Pero por lo regular se sumerge y huye con velocidad asombrosa; ésta no baja entonces de 40 pies por segundo. Á medida que la ballena se sumerge y se aleja, se deja correr la cuerda á que está atado el arpón, teniendo mucho cuidado de que se desarrolle y deslice con facilidad; porque como el borde de la chalupa se halla entonces casi á flor de agua, un solo instante de detención haría desaparecer entre las olas la embarcación y pescadores. Es tan rápido el frote de la cuerda sobre el borde de la lancha, que para impedir que se prenda fuego á la madera es necesario humedecerla sin cesar. Alguna que otra vez suelen encontrarse ballenas tan vigorosas, que su captura cuesta esfuerzos increíbles.

Una ballena arponada permanece debajo del agua más ó menos tiempo; pero, por lo regular, no pasa de media hora: trascurrido este intervalo, la necesidad de respirar la hace volver á la superficie, y no pocas veces aparece muy lejos del sitio en que ha sido herida. Unas veces se presenta como acobardada y en estado de suma debilidad; otras, por el contrario, feroz y atrevida: entonces no es posible acercarse á ella sino con mucha precaución; pero como vuelve á sumergirse al

cabo de algunos minutos, se la arroja otro arpón, y á veces dos, y se aguarda á que vuelva á aparecer. Entretanto los botes se disponen á atacarla, y no bien se presenta, cuando la acometen á lanzadas. Muy luego sus heridas arrojan á borbotones sangre mezclada con aceite, enrojecen el agua del mar por un largo trecho, y suelen también llenar las lanchas de los pescadores. Esta considerable pérdida de sangre disminuye las

fuerzas de la ballena de un modo bastante perceptible. Sin embargo, cuando se aproxima su fin, la acometen trasportes furiosos, endereza la cola, y volviéndola á los lados azota el agua con tal extruendo, que algunas veces se oye á una legua de distancia. Por fin, exánime y vencida, se vuelve de espaldas ó sobre el costado, bate el mar por un breve rato con frecuentes latidos y movimientos de sus aletas laterales, y espira.



Pesca de cangrejos de mar

Luego que muere la ballena, los botes la remolcan hasta el buque y la amarran fuertemente á uno de sus costados. Entonces se verifica sin demora la extracción de la grasa y de las barbas: los marineros encargados de destrozarla se ponen unos vestidos de cuero y zapatos con una especie de garabatillos de hierro para poder asegurarse en la piel de la ballena, que no es menos compacta y escurridiza que la de la anguila. Armados de cuchillos de buen acero, cuya hoja tiene dos pies y el mango seis de largo, dan principio á su operación por la parte posterior de la cabeza del cetáceo.

El primer pedazo de grasa deben cortarlo todo á lo

largo del cuerpo del pescado, y lo demás en hojas paralelas de pie y medio de ancho, pero siempre desde la cabeza á la cola; después se parten en trozos de unas mil libras cada uno, que se extienden sobre el puente y luego se colocan en la bodega.

Luego que se ha quitado toda la grasa, se despoja la cabeza, y particularmente la lengua del animal, que por sí sola da á veces seis toneles de aceite: el labio inferior es también una de las partes más cargadas de grasa: una ballena suele dar hasta 5,000 libras de este líquido.

Concluída la operación se arroja al mar el esqueleto

con los grandes pedazos de carne que siempre quedan unidos á él. Las aves marítimas los tiburones y otros peces voraces se precipitan sobre estos residuos, que son para ellos un excelente y apetitoso alimento. Luego se quita á las hojas colocadas en la bodega la corteza que las cubre, se las vuelve á cortar en pedazos de once pulgadas en cuadro, y se embarrilan, en cuyo estado se trasportan al puerto de donde ha salido el buque para derretir y extraer allí el aceite, que siempre suele perder en sus diversas preparaciones una tercera parte de su peso.

Las maniobras de la pesca en el mar del Sur se diferencian muy poco de las que acabamos de referir. No obstante, esta pesca exige allí un personal y un material menos considerable, puesto que de ordinario bastan 24 hombres de tripulación y tres chalupas. Como nada se opone á que los buques puedan permanecer al ancla meses enteros en los mares del S., la grasa se derrite á bordo. Un viaje al gran Océano dura á veces dos ó tres años, y hay ejemplares de balleneros que han estado en el mar ocho meses seguidos sin recalar ó arribar á puerto alguno.

En otros tiempos las ballenas eran más grandes y se sacaban de ellas hasta 60 y 80 toneles de aceite; en el día una ballena de tamaño regular no produce más que de 30 á 40. Las del Spitzberg y Groenlandia dan más grasa que las del Cabo-Norte; su aceite es muy estimado. Las ballenas que se pescan entre los trópicos son sumamente pequeñas. No sucede así con las del Japon: 50 bastan para un cargamento. De las diversas especies de cetáceos, el cachalote es el único que suministra la esperma de ballena (*sperma ceti*). Esta sustancia, de que se hacen hermosas bujías y que se emplea también en la farmacia, se extrae principalmente de la cavidad cerebral del pescado, se vende á doble precio que el aceite del resto del cuerpo, y no es raro sacar medio tonel de ella de la cabeza del cachalote.

El aceite de ballena sirve para muchos usos: para el alumbrado, para la preparación de curtidos, para la fabricación de jabón, etc. Las barbas sirven también para varias industrias, y de pocos años á esta parte se emplean con ventaja en las flores artificiales.

Algunos pueblos de las regiones árticas, como los kamtschadales y groenlandeses, pescan la ballena en sus mismas costas. Este cetáceo les proporciona la mayor parte de los objetos de que tienen necesidad: comen su carne cocida, seca ó medio corrompida, y con el resto de los despojos se hacen vestidos, calzado, odres, cortinas, morteros, redes, mangos de cuchillos, canoas, cajas de trineos y setos ó vallados para sus cam-

pos. Unos se sirven para coger la ballena de dardos envenenados y de redes hechas de correas, y otros á imitación de los europeos, de lanzas y de arpones. Pero ningunos despliegan tanta destreza y audacia como los salvajes del litoral de la Florida. Ejercitados en nadar y bucear, en cuanto ven una ballena, se arrojan de un salto sobre su cabeza, la introducen por uno de los oídos una especie de cuña de madera, y asiéndose en seguida fuertemente se dejan arrastrar por el animal, que se sumerge al punto. Cuando la necesidad obliga á la ballena á subir á la superficie, se aprovechan de aquella ocasión para introducirla otra cuña en el otro oído, y quitándola la facultad de respirar, como no sea teniendo la boca abierta, la obligan á retirarse á la orilla ó á un sitio de poco fondo, último recurso que la queda para evitar que el agua del mar cierre el único conducto por donde puede todavía respirar. Entonces les es muy fácil á sus enemigos darle la muerte.

Pocos son los que se han ocupado de este asunto que hayan escrito *pesca de ballenas*, porque la frase en efecto resulta impropia, dados los pormenores del grandioso espectáculo que ofrece la captura y muerte de estos colosos de los mares; así es que nosotros, por ser fieles á la lógica, hemos puesto al presente artículo el epígrafe que habrá leído quizás con extrañeza alguno de nuestros lectores.

Las circunstancias en que antiguamente se daba caza á la ballena, sobre todo en el siglo xvii, allá en las costas de Spitzberg, han cambiado casi por completo. Entonces sólo se enviaban á aquellas aguas buques ordinarios y viejos, los cuales llegaban lo más pronto en el mes de junio, situándose en los puertos y bahías seguros de la isla, permaneciendo al ancla durante toda la estación. A las aguas de Spitzberg aflúa un número tal de cetáceos, que en toda la zona ártica no existía un punto más apropiado para la caza.

Aquellos grandes monstruos marinos, nada desconfiados, dormían tranquilamente en los profundos senos de la costa con el lomo fuera del agua, ó nadaban muy despacio en busca de alimento, sin huir nunca al acercarse los botes. Los barcos en aquella época no estaban contruidos de modo que pudieran aventurarse entre los hielos, y el resultado era casi siempre tan satisfactorio, que con poco gasto podía un buque en los pocos meses de verano hacer gran presa; así es que los holandeses acostumbraban á enviar barcos de transporte.

Hoy las condiciones han cambiado mucho.

Las grandes cuadrillas de cetáceos, asustados é inquietos con tan continua persecución, se han dispersado en los mares del Norte, de manera que los hom-



A LA LUZ DE LA LUNA, POR J. PAHISSA